

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 71
Ernesto Sábato y La Nueva Crítica Académica

Article 36

2010

“Microrelatos”

Javier de Navascués

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

de Navascués, Javier (Primavera-Otoño 2010) “Microrelatos,” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 36.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/36>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

JAVIER DE NAVASCUÉS

MICRORELATOS

WIKIPEDIA

Ya se sabe que los escritores son todos unos vanidosos, y no hablemos de los poetas. Yo tenía un amigo, Celestino Cuevillas era su nombre, que había escrito un par de libritos de poesía y enseguida introdujo su nombre en la wikipedia ésa, con su biografía y sus publicaciones y todo. No había días que no buscara su nombre a ver si salían más referencias suyas en Internet. Pero, una vez, abrió su página y leyó: “Celestino Cuevillas (Ciudad Real, 1958), famoso submarinista manchego. Ha trabajado en documentales para la televisión regional y para el cine de autores de la provincia. Enlaces: Ciudadrealeños. Deportistas de riesgo.” Mi amigo se quedó atontado delante de la pantalla. Sin perder tiempo, reescribió: “Celestino Cuevillas (Ciudad Real, 1978), poeta y traductor, uno de los más destacados autores de las últimas generaciones de la poesía española. Autor de *Timbal de verduras y sueños* (1999) y *Versos del hombre y del hambre* (2007). Premios en distintas concurrencias internacionales. Enlaces: Poetas españoles. Premios literarios. Personalidades manchegas”. Sin duda algún pirata le había jugado una mala pasada. Pero, por si acaso, como no estaba seguro de que el gracioso volviera a las andadas, escribió a los responsables de la enciclopedia, quienes le contestaron de inmediato que no volvería a suceder nunca más. A la mañana siguiente, abrió su página y espantado volvió a leer: “Celestino Cuevillas (Ciudad Real, 1958), famoso submarinista manchego...” Con los ojos velados por la rabia, leyó que había fotografiado tiburones en el mar del Coral, que una orca le mordió una pierna en las aguas de la Patagonia y que había salvado a una turista sueca de la mordedura de una morena en la playa del Manantial, Cádiz. Por este último hecho, salió en la prensa local y después se casó con la

chica y tenían dos niñas que estudiaban en un colegio de monjas. Todo falso, falsísimo, falso de toda falsedad. Celestino volvió a protestar en los términos más enérgicos, y pudo reescribir y, de paso, añadir cuatro libros más (no era un invento porque ya casi los tenía terminados) y dos menciones honoríficas que le habían prometido unos colegas de Albacete. Pero obviamente no se quedó tranquilo. Habló con amigos informáticos que le ofrecieron toda clase de ayuda para localizar al mentiroso. Estuvieron trabajando en ello durante semanas. Pero, cada vez que abría su nombre en el buscador, su identidad de submarinista iba apareciendo en todos lados. Él volvía a la carga, creaba nuevas páginas con sus libros, sus merecimientos, sus poemas... De nada servía. Ya había calles dedicadas a él en todos los pueblos de la Mancha y se anunciaban homenajes a los que, por supuesto, nunca asistiría. Incluso habían creado un blog con su nombre: CuevillasdeMontesinos.com. Al final, tras varios meses de luchas y protestas, el caballero suspiró delante de la computadora:

—¡Qué se le va a hacer! ¡Renuncio!

Y con estas palabras y un suspiro, se dirigió al armario, sacó los aparatos de buceo y se fue a las lagunas de Ruidera a nadar con unos amigos.

KING KONG

La consigna era salvar a la muchacha a toda costa. El gran mono la había atrapado y luego se encaramó a la cima del rascacielos. Me aproximé con el biplano y apunté cuidadosamente. Cuando se precipitó hacia abajo, pude ver que tenía un amasijo sangriento en la manaza. No pretenderán hacerme creer que un monstruo así puede desnudar a una mujer con la misma facilidad con que pela un plátano.

ÍCARO

En el Museo de Bellas Artes de Bruselas se expone un cuadro titulado “La muerte de Ícaro” del maestro Pieter Brueghel el Viejo. A simple vista recorreremos un plácido paisaje con un labriego en primer plano que maneja serenamente su arado. Otra figura pasea ensimismada a cierta distancia y, más a lo lejos, se ve una bella ciudad costera. Una nave cruza un mar verdelado y bruñido como una joya luminosa. El cielo es tan brillante que el sol podría estar en cualquier parte. La mirada se anega en ese pequeño mundo de tranquila felicidad.

Sólo al cabo de un rato nos acordamos del título y buscamos al desdichado hijo de Dédalo que, al fin, aparece ridículamente apartado en un rincón. Mejor dicho: sólo sale medio cuerpo suyo, dos patitas que se agitan afanosas entre espumas, como rompiendo el hechizo del agua pulida como el cristal.

Son apenas dos piernas y el resto, boca abajo y sumergido. Nuestra primera impresión es que al pintor de paisajes le importaba un rábano el tema mitológico y que de esta forma se quiso reír de la triste suerte de Ícaro. Pero no es así. El cuadro muestra lo que vemos; pero no lo que ve el muchacho castigado por los dioses: un mundo de locura siniestra, de endriagos y monstruos marinos de ojos de fuego que se pasean alrededor de su cabeza hundida.

Mientras su piel se deshace lentísimamente, sus ojos no se acostumbran nunca a ese movimiento vidrioso de las criaturas blancuzcas que lo cercan curiosas y crueles. Algunos lo mordisquean, pero otros prefieren pasar de largo y volver después para atormentarlo eternamente. La respiración falta, pero nunca lo suficiente para morir del todo. Arriba, por milagro del artista, sus piernas se mueven y no se mueven. Ícaro está vivo desde que fue pintado. Pero abajo está pidiendo socorro ante lo que, desde hace cinco siglos, está viendo en las profundidades y jamás ningún ojo humano pudo retratar.

LIBRO

Este objeto que aquí vemos tuvo gran importancia como difusor de información hasta las primeras décadas del siglo XXI. A pesar de las apariencias, su manejo resultaba bastante fácil y cómodo, pues su modo de acceso era el siguiente: tomando cada uno de los dos lados, algo más gruesos que el centro del objeto según se puede observar, se tiraba desde el centro hacia los extremos, de forma que se abría el interior, formado por papeles también llamados páginas. Cada una de ellas mostraba una serie de signos que el usuario podía descifrar a su gusto. Sabemos que llegó a haber alguno tan diestro en este curioso tipo de entretenimiento que llegaba a servirse de él hasta cuatro o cinco horas sin parar. No conviene, por tanto, ignorar la trascendencia de tan interesante invención. Aunque en sus últimos tiempos de vida muchos clientes potenciales desecharon su práctica por fatigosa e ineficaz, durante el período de esplendor de este objeto, es decir, más o menos entre los siglos XV y XX, llegó a ser muy valorado. De hecho, a veces se regalaba con motivo de cumpleaños o fiestas de cierta importancia.

CORAZÓN

Rómpase en caso de incendio.

PROGRESO

Su casa no era lo bastante *fashion* para ella. Ella siempre pedía más. Primero contrató a una amiga arquitecta de interiores para que diseñase las reformas pertinentes. Hubo que quitar puertas, levantar el suelo y tirar dos tabiques, pero los obreros dejaron un salón hermosísimo de noventa metros cuadrados. Más tarde pensó que la cocina debía dar al mar, aunque eso suponía llevarse por delante el cuarto de baño, lo que motivó una horrible disputa con aquella amiga que no siguió siéndolo tras dos horas de discusión. Desde luego, la gente era obstinada. ¿Por qué no trasladar el retrete de sitio? Nuestros abuelos llevaban el excusado fuera de la casa. Subcontrató a unos chapuzas para que tirasen el baño y levantasen un cuartito de tablones de madera en un extremo del jardín. Ahora ya se ahogaba menos, ahora ya se divisaba la lámina azul del mar desde el ventanal de la cocina. Suspiró casi satisfecha: desde luego, los cambios mejoraban mucho las cosas. Todo hubiera sido perfecto, si no fuera porque cualquiera que entrase podía tropezar con obstáculos imprevistos, por ejemplo, esos sillones tan innecesarios y esa librería tan pesada. Para mejorar la perspectiva, los sacó a todos fuera y, de paso, echó abajo las ventanas. Dejó un espacio abierto, una gran cristalera, entre las habitaciones y el jardín. Algo faltaba, sin embargo, para llegar a la perfección. Entonces se dio cuenta de que llegaba la hora de la reforma definitiva. A la mañana siguiente, unos bulldozers se echaron sobre los muros principales. Al principio la casa se quejó con un ruido parecido al de un grito de terror. Pero, luego, tras el derrumbe, llegó el silencio. Entre los ladrillos se asomaron pronto las plantas y los bichos. Se sentó a contemplar su obra, vencida por el agotamiento, pero feliz: el esfuerzo había valido la pena.

PURGATORIO

Mañana, casi todo el día, será martes. O también miércoles. Es igual. Yo confundo los días. Ayer fue jueves y hoy es lunes. Llevo tanto tiempo encerrado en esta caja que sólo espero al Domingo para que alguien me saque de aquí.